

ALINA NOT

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS



Bad Ash

Respira

CROSS
BOOKS

ALINA NOT

Bad Ash 3

Respira

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, María Pascual Alonso

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-08-25252-8
Depósito legal: B. 398-2022
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Blank space

Ropa. Calzado. Llaves del coche. Gafas de sol. Vale, sigue con ello. Céntrate en las cosas pequeñas. Paso a paso. Poco a poco. Cosas que puedes controlar. Con la mente focalizada en el momento presente. El pasado no importa. El futuro es impredecible. El presente es lo único que cuenta.

Voy repitiendo mi mantra mientras bajo la escalera a saltitos hasta llegar a la entrada. Paso directamente al garaje y me monto tras el volante del coche de mi padre. Estoy a punto de arrancar el motor, tras pulsar el botón del mando a distancia que abre la puerta de salida, cuando me lo pienso mejor. Enciendo la lucecita del techo y rebusco en mi bolso. Pentalabios rojo. A la mierda con todo. Me pinto los labios con mucho cuidado, mirándome en el espejo retrovisor. Para cuando termino de dejarlos con la intensidad adecuada de rojo, la puerta del garaje ha vuelto a cerrarse sola. Me paso la lengua por la superficie de los dientes para asegurarme de que no se han manchado de color. Vuelvo a pulsar el botón del mando y me bajo las gafas de sol de lo alto de la cabeza para protegerme los ojos. Mientras hago rodar el coche hacia el exterior cambio la carpeta de mi reproductor de música. A la mierda con Taylor Swift.

She's kinda hot, de 5 Seconds of Summer. Quizá yo también lo soy, ¿no? Quizá estoy buena en cierta manera. A mi propia manera. Y, desde luego, que soy la maldita reina del roto panorama actual. Esté como esté la cosa ahora mismo. Pongo la canción en *repeat* durante todo el tiempo que me lleva recorrer la distancia que me separa de la cafetería del barrio de Emily, donde nos sirve los cafés el camarero más guapo de todo Sacramento. Porque, de vez en cuando, nos gusta alegrarnos la vista, y eso está bien, ¿verdad?

—¡Joder, nena! —grita Emily mientras me acerco hacia la mesa en la que Mia y ella están sentadas en el exterior del local.

Y ese grito hace que todas las personas que hay sentadas a su alrededor también se giren para mirarme. Intento no agachar la cabeza y hacerme pequeñita para que dejen de prestarme atención, porque eso es precisamente lo que más odio de mí misma. Me gustaría estar segura de mí. Pisar fuerte con tacones. Aunque vaya en zapatillas. Mantengo el paso y la media sonrisa orgullosa que se me ha quedado en la cara al conseguir aparcar el coche en solo un par de maniobras, en paralelo y en un hueco bastante ajustado.

Llego a su altura y me quito las gafas de sol antes de apartar una silla para poder sentarme con ellas.

—¡Cuidado! Me estás deslumbrando con la mirada —se burla Mia.

Yo solo hago una mueca en respuesta.

—Labios rojos, escote, pantalones de roquera salvaje —recuenta Emily mirándome de arriba abajo—. ¿Qué te ha pasado? Esto me suena a crisis de las gordas. No te veía esa cara de decisión desde que salimos del estudio de tatuajes. No me digas que estás en transición otra vez —casi suplica—. Porque eso significa que las cosas ayer terminaron mucho peor de lo que nos dijiste —se teme.

—Ha mandado un SOS al grupo, Em —le recuerda Mia burlonamente—. Las cosas terminaron peor de lo que nos contó.

—¿Y Grace? —pregunto, y entorno los ojos para tratar de ver el interior de la cafetería a través del cristal.

—Está pidiendo los cafés y coqueteando con el señorito labios carnosos —me pone al día Emily—. Has mandado el mensaje en el momento justo en que ella también tenía su propia crisis personal. Acababa de colgar el teléfono con Joe y, por lo que hemos oído, no parecía nada bonito —cotillea, y Mia niega varias veces con la cabeza dando veracidad a su relato—. No ha soltado prenda. A ver si ahora habla... Te iba a pedir un *latte*, espero que a la nueva tú de labios rojos no le haya cambiado el gusto por el café —se burla—. Voy a echarle una mano.

Se levanta y se adentra en la cafetería. Nos deja solas. Y yo miro a Mia y ella tiene sus ojos azules clavados en mí, también.

—¿Estás bien? —pregunta, tras dos segundos de silencio—. Normalmente, que te vistas para impresionar significa que no te sientes demasiado impresionante. —Desmonta mi fachada.

—Ya —admito, y sonrío levemente, mordiéndome el labio inferior—. Voy a necesitar que tú y yo nos sentemos a hablar a solas, algún ratito de estos —digo, antes de que me acobarde y lo deje pasar dando por supuesto que las cosas se arreglarán solas.

Esta vez no quiero que las cosas sean así. Necesito que aclaremos todos los malos rollos que ha habido entre nosotras últimamente. No puedo dejarlo pasar. Necesito recuperar a mi amiga. Pero de verdad.

—Me parece perfecto —responde ella, sin apartar su mirada de mis ojos—. Yo también lo necesito bastante.

Grace deja en el centro de la mesa una bandeja con cuatro platos, cada uno con un croissant de chocolate. Y no tiene cara de estar teniendo el mejor día de su vida cuando me dice «Hola, Ash». El chocolate solo lo confirma. Deja un café en vaso de cartón delante de Mia. Y Emily reparte el resto antes de que las dos se sienten, completando nuestra mesa.

—¿Qué ha hecho ahora el jodido rey del baile? —casi gruñe Grace, enfadada con el mundo.

Pero, justo en este momento, tengo mucha más curiosidad por saber qué es lo que le ha pasado a ella. Yo pensaba que las cosas con Joe iban bien. Pero, claro, hace tres semanas que no tengo la confianza suficiente con ella como para que acuda a mí, si lo está pasando mal por algo.

—Tú primero. —Cedo la palabra, señalándola con mi vaso de café—. ¿Qué te pasa?

—Eso —me apoya Emily—. ¿Qué te pasa? —repite en el mismo tono exacto que he usado yo.

Grace coge una de las piezas de bollería del centro de la mesa y le da un mordisco furioso, manteniéndonos a la espera mientras mastica y traga la dosis necesaria de azúcar para poder compartir con la humanidad su drama personal. Se apoya en el respaldo de la silla y coge su móvil para buscar algo en él. En unos segundos lo pone en el centro de la mesa para que todas nos asomemos a mirar. Es una foto de Instagram que publicó un amigo de Joe anoche. De madrugada. Y en ella aparecen unos cuantos chicos del equipo de béisbol de fiesta por ahí. Pero me imagino que no es eso lo que no le gusta a Grace. Me imagino que lo que no le gusta ni un pelo es la chica que aparece pegadita como una lapa a Joe Richardson. La señala con el dedo índice.

—Su ex.

Es lo único que dice, y nosotras nos quedamos unas décimas de segundo en completo silencio, antes de hablar las tres a la vez.

—¡Qué me cuentas! ¿Estaba pendoneando por ahí con su exnovia a las tantas de la madrugada? —se indigna Emily.

—A ver, a lo mejor así, sacado de contexto, parece peor de lo que es —trato de razonar yo.

—¿Esa es su ex? Chica, ha subido un par de peldaños contigo. —Es lo primero que se le pasa por la cabeza a Mia.

Seguimos hablando todas a la vez y cada una más alto que la otra, para hacernos escuchar, durante unos segundos. Luego, doy un golpe en la mesa, para frenar la locura, y mis tres amigas me miran sorprendidas. Pues sí. La verdad es que yo no soy mucho de dar golpes en las mesas. Pero a veces una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer.

—Vamos a tranquilizarnos un momento —les pido, cuando he captado su atención—. Primero, no juzguemos a esa chica por su aspecto físico en comparación con Grace, ¿vale? —empiezo, al tiempo que miro a Mia significativamente—. Las chicas ya tenemos bastante con que la sociedad nos imponga unas malditas medidas, como para encima atacarnos entre nosotras —opino—. Y, aparte de eso, es una foto en la que salen uno junto al otro, sí. No podemos pensar automáticamente que eso significa que aún hay algo entre ellos...

—No. Si el problema no es ese, Ash —me corta Grace. Apaga la pantalla de su móvil y lo guarda de nuevo—. El problema es que, cuando le he mandado un mensaje y le he preguntado qué tal anoche, me ha respondido que siempre lo saco todo de quicio, que a ver si no puede llevarse bien con sus exnovias y que deje de controlarlo. ¡Que deje de controlarlo! —grita, llevándose una mano al pecho como si acabaran de dispararle—. ¡Yo! Que ni siquiera le pregunté dónde pensaba ir anoche o con quién había quedado. Y cuando lo he llamado para preguntar a qué venía eso, lo que ha dicho el tío es que lo estoy agobiando. ¡Que yo lo agobio! —repite una vez más.

—¿Y tú qué le has dicho? —pregunta Emily.

—Yo le he dicho que si lo que quiere es que no lo agobie nadie, que no se preocupe. Que yo lo dejo desagobiarse todo lo que necesite. Yo no le pienso agobiar ni un poquito, vaya —deja claro, con expresión decidida y rezumando mala leche.

A veces me gustaría ser un poquito como Grace. Decir: «Si dice que necesita espacio, que no se preocupe que yo le doy todo el espacio del mundo», como forma de decir que ahí se queda. Una manera sutil de mandar a alguien a la mierda. Pero yo no quiero mandar a Cam a la mierda. Me doy cuenta, por mucho que odie hacerlo, de que yo solo quiero ser la chica paciente que le da lo que necesita, que le da el espacio justo y el tiempo que él precise, hasta que se dé cuenta de que soy la chica perfecta. Que soy atenta, amorosa y abnegada. Que me entrego por completo y que solo quiero hacer su vida más fácil. Y es una mierda. ¿Cómo he llegado a pensar así? ¿Por qué no soy como Grace? ¿Por qué yo no soy capaz de ponerme a mí primero? En el fondo lo sé. Lo tengo claro. Y es porque Cam tenía toda la razón: porque el problema ahora mismo no es que yo no le guste a él; el problema es que no me gusto a mí misma.

No gustarte a ti misma es un asco. Y ni siquiera sé por qué. No sé de dónde salen mis inseguridades. No sé de dónde me viene esta maldita manía de compararme con todas las demás y verme siempre como la perdedora. No sé por qué veo a Vanessa tan preciosa y yo me siento tan poca cosa a su lado. Obvio que Vanessa es preciosa. Esa no es la parte que falla en todo mi razonamiento. Y sé que Mía es preciosa, y lo era incluso cuando ella no se veía así. Y sé que Grace es todavía más impresionante por toda esa confianza que tiene en sí misma. Y sé que Emily se ligaría a cualquiera con los ojos cerrados, aunque ella esté empeñada en que no tiene el cuer-

po que le gustaría tener, pero es que es un bombón y derrocha desparpajo, la tía. Y luego estoy yo. Bueno, luego está la manera en la que yo me veo. Y por eso no me creo que Cameron Parker de verdad quiera estar conmigo. Aunque ahora no sé muy bien qué es lo que se supone que quiere. He leído muchos libros sobre psicología, he intentado aprender mucho del porqué del comportamiento humano. Pero aún sigo sin tener ni idea de por qué yo soy como soy. De por qué no me creía que pudiera hablar con cierta gente hasta que Cam apareció en mi vida y me enseñó que ellos no eran más que yo. De por qué, a pesar de todo, me sigo sintiendo insignificante cuando me coloco en la balanza al otro lado de cualquiera. De Vanessa. De Blair. De Jessica. No puedo buscar el origen de mi falta de autoestima en un problema de falta de afecto en la infancia. Mis padres son los padres más increíbles del mundo. Mi madre se merece un diez como madre y nunca me ha enseñado otra cosa que no fuera que todos los seres humanos somos igualmente valiosos. Siempre ha resaltado mis virtudes. Siempre ha creído en mí. Siempre me ha dejado más que claro que estaba orgullosa de mí. Y mi padre... mi padre no siempre estaba en casa, pero es que eso no ha impedido que yo me sintiera la persona más especial del mundo para él en todo momento. Siempre me he sentido querida por mi familia. Muy querida.

Pero en algún momento mi autoestima se torció. Y, en vez de crecer conmigo, se fue quedando pequeñita en un rincón. Y creo que sé cuándo empecé a sentirme especialmente insegura. Creo que fue al empezar el instituto. Bueno, no exactamente por empezar el instituto. Fue por Tyler. Todo ha sido siempre por Tyler. Por un Tyler que me dio mi primer beso para luego desaparecer. Desaparecer e ignorarme. Cuatro años pensando que lo único que podía hacerme feliz en la vida era que él quisiera estar conmigo. Cuatro años pensan-

do que estaba con todas esas chicas con las que salía porque eran mejores que yo. Porque, la verdad, podría haberme tenido a mí siempre que hubiera querido, pero prefería tenerlas a ellas. Prefería tener otras chicas, sí, pero también otros amigos. Amigos más populares. Amigos más guapos. Amigos más guais. Así que cuatro años compitiendo por la atención de alguien y perdiendo todas y cada una de las veces. Me imagino que eso puede machacarle la autoestima a cualquiera. Pero no es culpa de Tyler, claro. Nunca lo fue. Tenía que haberme dado cuenta antes de que debería ponerme a mí primero. Debería haberme valorado por mí misma y no por la atención que me prestara Tyler Sparks. Debería haberme dado cuenta yo y no tener que esperar a que llegara Cameron Parker y me dijera eso de «si a Tyler no le gusta cómo eres, que le den por culo». Eso es lo que debería haber hecho. Qué pena haber tardado cuatro años en darme cuenta. Y qué pena haber pasado de repente de necesitar la reafirmación de Tyler Sparks a mendigar por la de Cameron Parker. Mierda, él tenía razón. Y realmente daba igual que me dijera un millón de veces que soy preciosa si mi mente siempre va a responder con un «es mentira». Mi problema es el mismo que tan fácilmente pude ver en Tyler aquella noche en el parque, cuando me di cuenta por primera vez de que yo no podía salvarlo. Mi problema es que no voy a poder tener una relación sana hasta que aprenda a quererme a mí misma. Y eso es algo que tengo que hacer yo sola. Supongo.

—Ey, Ash. —Grace me saca de mis profundos pensamientos—. Paso de seguir poniéndome de mala leche por ese idiota. Así que vuelve a bajar a la tierra y cuenta, ¿qué te ha pasado?

Y yo, que estaba a puntito de tener una revelación personal sin precedentes, ya he perdido el hilo de mis pensamientos y me atacan otros mucho menos provechosos. En concre-

to, la notita que Cam ha dejado en mi mesilla al salir a hurtadillas de mi cama.

—Perdona, ¿te ha dejado una notita después de dormir en tu cama? —repite Mia cuando yo termino de resumirles lo que pasó desde el último mensaje que les mandé anoche—. ¡Madre mía! Es lo más cobarde que he visto desde que Emily vio una araña en el coche de su madre y dejó de conducir durante un mes —exagera.

—¡La araña era enorme! —se defiende Emily cuando nos ve a Grace y a mí sonreír un poco con el recuerdo de aquella anécdota—. Y no me puedo creer algo así de Cam —murmura tristemente, retomando el tema—. Scott dice que...

—Scott es el novio de mi mejor amiga y amigo mío —pongo yo sobre la mesa—. Sería raro que Cam le dijera algo malo sobre mí, ¿no?

Emily lo piensa por un momento, moviendo los ojos a uno y otro lado, y mordisqueándose visiblemente la parte interna de la mejilla.

—Sí, bueno, supongo —tiene que admitir—. No le diría cosas malas, pero tampoco tendría por qué decirle cosas tan buenas si no las pensara de verdad, Ash.

—Ahora mismo la verdad es que me ha dejado una nota diciendo que necesita espacio —expongo, volviendo a centrar el tema—. ¿Qué se supone que significa eso?

—¿Sabes lo que significa eso? —interviene Grace, blandiendo su vaso de café como si fuera una espada láser, prácticamente—. Significa que pueden irse a la mierda. El de los agobios y el del espacio. —Se muestra firme, decidiendo ella solita nuestro destino—. Si lo que quiere es espacio, le puedes dar todo el maldito estado de California para él solito. Y si se pierde mientras lo recorre, mejor. Que tú no necesitas a ese tipo para nada para ser feliz —determina, como si fuera

capaz de leer mi destino en el poso de mi *latte*—. Nos tienes a nosotras.

—Nos tenéis a nosotras, chicas —se muestra de acuerdo Mia, incluyendo a Grace como receptora del mensaje.

Pone una mano en el centro de la mesa y Emily se apresura a poner una suya encima, mirándonos significativamente a las dos restantes.

—Nos tenéis a nosotras —repite.

Y Grace une la mano derecha al montón y las tres me miran en espera de que me una a la exaltación de la amistad colectiva que está teniendo lugar en la mesita de esta cafetería. Lo hago. Y las cuatro dejamos las manos juntas, descansando ahí por un momento, antes de que Grace nos avise con un gritito de que no nos movamos en absoluto porque va a sacarnos una foto para Instagram. Maneja el móvil como puede con la mano izquierda, y cuando por fin ha tomado la instantánea, cada una recuperamos nuestra mano para poder seguir viviendo.

—Esto significa que haremos lo del fin de semana, ¿no? —pregunta Emily.

—¿Qué es lo del fin de semana? —quiero saber yo, porque creo que ya vale de sentirme excluida.

Para cuando termino de formular la pregunta, Grace ya ha levantado la mano y anunciado que se apunta, sin titubear.

—Los amigos de Scott han alquilado una casita en Point Reyes para el fin de semana —explica mi mejor amiga—. Parece ser que el plan A era irse con Melanie y sus dos amigas empollonas, pero entonces Melanie cortó con Damon sin previo aviso, o eso es lo que dice él. —Lo pone en duda—. Y se quedaron sin sección femenina. Y Scott me dijo que si queríamos ir nosotras.

—Un fin de semana con baboso Eddie y compañía, yupi

—dice Mia, dejando bastante claro con su tono irónico lo que piensa de los amigos de Scott.

Emily abre la boca, demostrando su indignación ante tal comentario. Pero es que la verdad es que el tal Eddie es un poquito baboso y eso lo tiene que reconocer, por muy amigo de su novio que sea el muchacho.

—Puede que Eddie sea un poco baboso —repite, y menos mal que lo admite—. Pero con Scott no te metas, que te mato, ¿eh? —amenaza, señalándola con un dedo.

Mia no se toma demasiado en serio la amenaza porque se limita a reírse, ahí, delante de sus narices.

—Yo no sé si me apetece un fin de semana de... —empiezo yo, sobre todo para frenar la discusión en la que pueden enredarse esas dos.

Grace y Emily me callan chistando a la vez y señalándome. Hasta me encojo un poco en mi asiento. ¡Qué compenetración! Y empiezan a dar todas las razones por las que ese viaje es justo lo que necesito. Me convencen en el momento en que dicen que, si Cam necesita espacio, no puedo hacer menos que darle unos ciento cincuenta kilómetros, a ver cómo le sienta eso. Pues sí. A ver cómo le sienta eso.

—¿No pensarás quedarte en casa llorando todo el fin de semana? —me acusa Grace.

Y con eso ya me deja más que claro que ella no piensa verter ni una lagrimita por Joe Richardson ni por nadie. Ojalá yo fuera un poquito más como Grace.

—Chica, yo creo que te vendría bien cambiar un poquito de aires —insiste también Emily—. Será como un retiro espiritual.

—Será como una desintoxicación —interviene Mia, para mi sorpresa—. Estás demasiado enganchada a Cameron Parker, Ash —opina—. Tómatelo como una terapia. Fin de semana por ahí, y vuelves limpia de droga Parker en las venas —me tienta.

—Si fuera tan fácil... —casi bufo yo.

Y si quisiera desengancharme, claro. Porque ahora mismo lo último que quiero es desengancharme de Cam. De hecho, preferiría tener sobredosis de él en mi organismo en este preciso instante. Pero eso no lo digo en voz alta.

—Fin de semana de limpieza. —Grace sonrío, de acuerdo con la idea.

—Ya me habíais convencido hace un rato, así que parad de una vez, por favor —casi suplico, con media sonrisa—. Le preguntaré a mi madre. —Pongo esa condición.

—Mia —llama Emily, y las tres nos volvemos para mirar a la aludida. Alza las cejas, pero no dice nada—. Solo faltas tú —le avisa.

—Pasadlo bien, chicas —nos desilusiona ella.

Protestamos todas a la vez. Y muy alto. Por un momento, tengo miedo de que la razón por la que Mia no quiere unirse al fin de semana sea porque yo sí que voy a ir. Pero se supone que vamos a arreglar las cosas, ¿no? Y me parece una buena ocasión ese viaje para que las cosas puedan por fin volver del todo a la normalidad con mis amigas. Con las tres.

—Prometo que Scott se encargará de que Eddie no te babe —pacta Emily, con una sonrisita traviesa.

—Ugg —se limita a responder la otra.

—Vamos, tía. Tenemos a la mitad del grupo en crisis sentimental, ¿no te parece suficiente razón para aguantarte el asco que te da Eddie *el babas* y venir con tus amigas por ahí de finde? —sigue mi mejor amiga.

Un argumento irrefutable. Lo miro por donde lo miro. Mia hace una mueca al verse acorralada de esa manera.

—Vale —cede con un suspiro—. Está bien. Iré.

Grace hasta le silba, como si acabara de anotar el tanto de la victoria en un partido o algo así. Emily saca su móvil en un movimiento prácticamente visto y no visto.

—¡Voy a decírselo a Scott!

Y así es como termina nuestro desayuno, que había empezado con desengaños amorosos, planeando una escapada de fin de semana con Scott y sus cuatro amigos a la costa. Y no era para nada lo que me esperaba de esta mañana. Pero no suena mal del todo. Nada mal.

Emily se apiada de mí y de mi solitaria situación con la casa vacía y me invita a comer con ella. Considero que me viene mejor estar acompañada y distraída, para no darle vueltas a la maldita nota de Cam y a lo que querrá decir exactamente con eso de «un poco de espacio», así que acepto su propuesta sin dudar ni un segundo.

A media tarde, ella ha quedado con Scott, y unirme a ellos en plan sujetavelas no es lo que más me apetece, ni siquiera en mi situación desesperada. Supongo que mi madre y Eric tampoco tardarán ya tanto en volver. No estoy muy segura de que quiera enfrentarme a mi madre ahora mismo. Porque va a saber que algo ha pasado solo con verme la cara. Es que estoy segurísima. Y un interrogatorio de mamá acerca de esto es mucho más de lo que me veo capaz de aguantar hoy.

Me monto al volante del coche de papá, aparcado frente a la casa de mi mejor amiga, y pienso por unos segundos adónde debería ir. Consulto el móvil, una vez más, y no tengo ninguna notificación nueva. Silencio desde el otro lado. Supongo que de eso precisamente va el espacio, ¿no? Y no pienso ser yo quien mande el primer mensaje. Al fin y al cabo, el que tiene que decidir hasta dónde necesita alejarse es él. Vaya. Ya estoy dándole vueltas a lo mismo otra vez y solo hace dos minutos que le he dicho adiós a Emily. Hay muchas cosas en mi vida aparte de Cameron Parker. Muchísimas. Y a lo mejor ya es hora de que empiece a ocuparme un poquito de ellas. Así que escribo un mensaje rápido y lo envío antes de que pueda arrepentirme.

¿Tienes un rato? ¿Crees que ahora es un buen momento?

Su respuesta llega de inmediato.

Tan bueno como cualquier otro. En mi casa no hay nadie ahora, si quieres venir.

Envío un «ok» a secas, antes de arrancar el motor y girar el coche para avanzar por el otro sentido de la calzada. Sí. Un momento tan bueno como cualquier otro.

Cuando llego a casa de Mia, ella está sentada en el escalón del porche comiendo cucharadas de un enorme bote de helado que reposa sobre los tablones del suelo.

Me acerco hasta llegar a su altura y, en vez de saludar, me tiende una cucharilla que ha sacado para mí. La tomo, dedicándole una sonrisa, y me siento justo al otro lado del bote. Cojo una cucharada llena de helado de chocolate con nueces y me la llevo a la boca, antes de atreverme a iniciar esta conversación. Está espectacular este maldito helado. Totalmente adictivo. El chocolate es definitivamente mi punto débil.

—Tengo que decir que lo siento. —Rompo por fin el silencio.

—No. No hace falta, Ash —me corta mi amiga—. No te preocupes, da igual...

—No da igual —le llevo la contraria, firmemente—. Tú eres mi amiga y las cosas entre nosotras, todo lo que haya entre tú y yo, es totalmente independiente de con quién te acuestes. Y me volví completamente irracional cuando me dijiste que con quien te querías acostar era con Blair Wells. Culpa mía. Aunque puedes entender que flipara un poco, ¿no? —trato de bromear.

La veo sonreír mientras rasca la superficie del helado con la cucharilla para llenarla. Asiente lentamente con la cabeza.

—Entiendo que fliparas, Ash —concede—. Y yo tengo mucha culpa de todo lo que ha pasado últimamente, por querer acostarme con Blair. Y lo siento. Sé que rompo esa regla no escrita de que los enemigos de nuestros amigos son nuestros enemigos, aunque, si te tengo que ser sincera, considero a Blair bastante más enemiga que amiga. No confío nada en ella en la mayoría de las cosas. Pero, bueno, eso no es de lo que estamos hablando ahora. Y yo también tengo que decir que lo siento, porque no debería haber dejado que mis apetitos sexuales se interpusieran entre tú y yo. Eso es rastrero y una absoluta traición, si quieres verlo así. Así que lo siento —repite.

—Yo tenía que haber intentado hablar de esto contigo de forma calmada —sigo, aligerando su parte de culpa—. Reaccioné muy mal, como una auténtica imbécil egoísta. Y solo pensé que si a mí no me caía bien esa tipa, deberíais estar todas por completo de mi parte, pero eso es ser muy egoísta —admito—. Y no intenté ni por un solo momento ponerme en tu lugar. Eso es lo que tendría que haber hecho en vez de mostrarme enseguida a la defensiva.

—Yo no me enfadé porque te pareciera mal que me acueste con Blair. Y no me enfadé porque no lo entendieras. Podrías haberme pedido que no me acostara con ella y me habría planteado el aguantarme las ganas y pasar de un par de polvos buenísimos. Eso no es más importante que tú —dice a media voz, y yo intento buscar sus ojos, pero los esconde de los míos demasiado bien—. Lo que me sentó mal fue que me diste a entender que, si yo quería acostarme con Blair Wells, tú ya no podías fiarte de mí. Lo que me dolió fue que insinuaras que yo pondría a una chica cualquiera por delante de nuestra amistad, o que sería capaz de contarle cosas sobre ti.

Porque yo nunca haría eso, Ash. Me dolió que no confiaras en mí.

Me quedo callada por unos segundos, intentando digerir lo que me dice. No es como si no lo supiera. En el fondo, sí que es eso lo que acabé insinuando, aunque no fuera lo que de verdad pensaba.

—Tienes razón —digo, al final—. Quiero que sepas que no pensé ni por un momento que tú te fueras a dedicar a contarle a ella cosas de mi vida. Pero Blair es una bruja y tenía miedo de que, después de todo en lo que se había metido, se metiera también en mi relación con Cam. No quería desconfiar de ti, Mia. Y siento haber dicho lo que dije y darte esa impresión. Y también siento haber sido un cobarde al día siguiente, y al siguiente y al siguiente, y no haberte pedido perdón hasta ahora, porque empecé a arrepentirme de cómo se habían quedado las cosas entre nosotras desde el primer día. No sé si me creerás, pero te he echado de menos —me permito añadir.

La oigo suspirar y, cuando me giro hacia ella, veo que deja la cucharilla y el helado a un lado y clava sus ojos azules en los míos.

—Claro que te creo, Ash. Porque yo también te he echado de menos —corresponde—. Ahora, ¿podemos dejar de pedir perdón y olvidarnos de todas estas tonterías? Quiero que las cosas sean como antes.

—Y yo también —me apresuro a decir.

—Aunque puede que me siga acostando con Blair Wells... —insinúa luego con una sonrisa pícar.

—Y puede que yo la siga llamando bruja, pero no pienso interferir en tus orgasmos —medio bromeo y, cuando ella sonríe, le copio el gesto.

—Menos mal. Me pongo de muy mala leche cuando me dejan a medias. —Me río ante su tono y se ríe conmigo—.

Ahora, cuéntame —pide, tras darme una palmadita en el muslo—. ¿Qué parte de todo lo que te contó Jessica Harris ayer sigues pensando que puede ser verdad?

Y aún sigo dándole vueltas a qué maldita parte de todo lo que me contó la maldita Jessica Harris puede ser verdad. Porque ayer terminé convencíendome de que ninguna. Y eso fue más o menos lo que me dio a entender Cam. Pero también apareció por la noche en mi casa diciendo que no paraba de pensar en mí y luego desapareció dejando solo una nota en la que decía que necesitaba espacio. Eso le resta un poco de credibilidad. ¿O tal vez no? Vuelvo a estar hecha un lío. Lo estoy, porque después de este tiempo con Cameron no puedo explicarme que ahora lo que él necesite sea estar lejos de mí. No entiendo que no me deje apoyarlo. Que se largue así y llevar todo el día sin saber de él. «Se ha estado riendo de ti, Ashley.» Eso es lo que no para de repetirme la vocecita de mi cabeza. Soy yo misma. Y qué odiosa soy a veces.

Cam no ha dado señales de vida, como digo. En cambio, Grace ha escrito al grupo de nuestras amigas esta tarde, mientras yo aún estaba con Mia, para decir que «el gusano» había ido a su casa arrastrándose para pedir perdón. Una mala resaca para Joe Richardson. Supongo que, si Grace puede perdonarlo, nosotras también, aunque ya hayamos restado un punto a su marcador de novio aceptable para nuestra amiga.

Para cuando vuelvo a casa ya veo el coche de mamá aparcado en la entrada. Paro detrás y respiro hondo antes de entrar. No quiero que mamá note que algo va mal. No tengo ganas de dar explicaciones ahora.

—¿Ashley? —La oigo llamar desde el piso de arriba en cuanto cierro la puerta.

—Sí —respondo, y empiezo a subir los escalones lentamente—. Eh, idiota, ¿qué tal la competición? —le pregunto a

Eric al pasar por delante de la puerta abierta de su habitación.

—¡Bien! —responde, sin parar de revolver en el armario, a saber lo que estará buscando—. No sé si lo sabías, pero tu hermano es el mejor karateca del país. Ve corriendo la voz —alardea.

Pongo los ojos en blanco y voy a contestar llamándolo fantasma cuando mi madre aparece delante de mí y me dedica una sonrisa muy amplia. Frunzo un poco el ceño, porque no sé qué bicho le ha picado.

—¿Qué tal por aquí sin nosotros? —me pregunta—. Y ¿de dónde vienes, jovencita? —añade, antes de darme tiempo a responder.

—Pues... vengo de casa de Mia. Y parece que la casa sigue en pie y no la he incendiado, así que yo diría que me he apañado bastante bien —trato de bromear.

—Ya. Y supongo que esta noche habrás dormido sola, ¿verdad? —prueba.

Ah. Ahora lo entiendo. Hasta ahí quería llegar ella.

—Pues sí. Claro —miento con descaro—. ¿Con quién iba a dormir? —pregunto retóricamente, como si de verdad no se me viniera ningún posible candidato a la mente.

—Ah, ya. Con quién. —Mamá sonrío de medio lado.

Aparto la mirada y trato de dar un paso a un lado para ir hasta mi habitación. Si me quedo aquí dos segundos más, va a mirar dentro de mi alma y se va a dar cuenta. Y si se da cuenta, ya puedo darme por jodida. No necesito llorar delante suyo. No. Es lo último que necesito ahora mismo.

—Ashley —me llama, y me doy cuenta de que ya es demasiado tarde—. ¿Qué pasa? Ha pasado algo, ¿verdad?

—Pues sí. Las chicas me han invitado a ir el fin de semana a Point Reyes con los amigos de Scott —decido decir, alejando el tema hacia alguno menos espinoso—. ¿Me dejas ir?

Suficiente tema de conversación para esta noche.

Hace ya exactamente veintiséis horas desde que me encontré la notita de Cam en la mesilla. Y ya he decidido que tengo que hacer algo con mi vida. Cambiar algo. Crecer como persona. Madurar. Aprender. Así que estoy en la biblioteca. ¿En serio, Ashley? ¿Acabaste el instituto el viernes y el lunes por la mañana ya estás metida en la biblioteca? Empollona. Bueno, pues sí. Aquí estoy. Pero no he venido a estudiar. He venido a ayudarme a mí misma. Y busco en la sección de psicología hasta encontrar cualquier cosa con la que pueda conseguirlo. Trabajar la autoestima. Tengo que hacerlo yo. Tengo que hacerlo por mí.

Salgo casi a la hora de comer, con un par de libros muy gordos cargados en mi brazo izquierdo, y la cabeza dándole vueltas a la lista de mis puntos fuertes que acabo de elaborar, siguiendo los trabajos propuestos por uno de los autores, para trabajar la autoestima.

—Oye, guapa —me sobresalta una voz justo a mi espalda—. ¿Vienes a menudo por aquí?

Me giro para encontrarme a Mia, apoyada en la pared junto a la puerta de la biblioteca. Se levanta las gafas de sol mientras mastica un chicle con la boca abierta, en plan chica sexy y peligrosa, y me mira de arriba abajo dándome un buen repaso. Tengo que reírme porque, de verdad, se está currando la pose.

—¿Es así como ligáis las lesbianas? —me burlo, y paso mi peso de uno a otro pie, como si tuviera prisa y me incomodara su insistencia.

—Eh, no juzgues a la ligera. Llevo casi media hora esperando para poder hacerte el teatrillo —bromea—. Pasaba por aquí y he visto tu coche. Pero no pensaba que ibas a tardar tanto. Eres una rata de biblioteca, Ash.

—¿Me esperabas para invitarme a un café? ¿O solo para meterte conmigo? —me quejo por su último comentario.

—Te esperaba para decirte algo que tal vez te interese —aclara, y se acerca hasta quedar casi pegada a mí—. Blair me ha llamado para decirme que se ha enterado de que hay una movida con Jessica y con Cam. Me ha dicho que está dispuesta a hablar contigo y a contarte todo lo que ella sabe sobre Cameron Parker, si te interesa. Y dice que, si se lo pides por favor, también estaría dispuesta a indagar un poquito para ver si puede averiguar más.

Me muerdo el labio mientras pienso por un momento en lo que acaba de proponerme. Bueno, puede que Blair sepa bastantes cosas, al fin y al cabo, la tía es muy cotilla. Pero también tiene muy mala leche. Y yo nunca he sido su persona favorita. Y es una mentirosa patológica, ¿o no?

—¿Crees que, diga lo que diga, podría fiarme de ella? —consulto con mi amiga.

Mia se encoge de hombros, como toda respuesta.

—Bueno, tú dirás, Ash —mete un poco de presión para que me decida—. ¿Quieres hablar con Blair Wells?